

## A PROPÓSITO DE JULIO LE RIVEREND

UNO. CUBA: HISTORIA Y REVOLUCIÓN

El 12 de mayo de 1998 falleció en La Habana, donde residía, el historiador Julio Le Riverend Brusone.

Le Riverend había nacido en La Coruña en 1912, donde su padre era cónsul de Cuba en la ciudad. Realizó los estudios de bachillerato y Derecho en La Habana, interrumpidos por un breve exilio en Europa al que se vio obligado por su actividad en contra de la dictadura de Machado desde la militancia en organizaciones estudiantiles comunistas. En París fue secretario de la Unión Latinoamericana de Estudiantes (1932-1933). De vuelta a Cuba en 1935, a la vez que mantiene el activismo político concluye su licenciatura y realiza un doctorado en Derecho Civil (1940) y un segundo en Ciencias Sociales, Políticas y Económicas (1941). En 1940 colabora con Emilio Roig de Leuchsenring en la fundación de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos. Entre 1943 y 1946 cursa el doctorado en Historia en el Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México.

En México tuvo por maestros, entre otros, a los mexicanos Silvio Zavala y Daniel Cosío Villegas y a los exiliados españoles Rafael Altamira, José Miranda, Ramón Iglesia, Francisco Barnés y José Gaos. Como hemos recordado recientemente, ese ambiente académico unía el neopositivismo cientificista y el relativismo que sin excluirse mutuamente disputaban entre sí conceder la primacía al documento o a la interpretación; pero ambas corrientes

coincidían en la necesidad de transmitir un método de trabajo, el aprecio al documento y un sentido de la globalidad de la materia que se estudiase, características fraguadas en la tradición que se inaugura en España en los años veinte y treinta, y que la guerra civil y la diáspora privaría a sucesivas promociones de españoles de poder beneficiarse de sus frutos.

Cuando Le Riverend llega a México ha escrito diversos trabajos de historia que le orientan hacia la historia económica y social y a la historia del pensamiento económico de la etapa colonial. Está influido por los planteamientos marxistas pero todavía carece de una fundamentación metodológica depurada. En México publica el libro *Los orígenes de la economía cubana (1510-1600)* [El Colegio de México, 1945] y un clarificador artículo, "Sobre la industria azucarera de Cuba durante el Siglo XIX" [*Trimestre Económico*, vol. 11, 1, 1944], además de otros textos. Concluidos sus estudios en 1946 con una tesis sobre historiadores mexicanos del siglo XVIII, viaja en el curso 1947-1948 a los Estados Unidos para ampliar la investigación que proyecta sobre la industria azucarera.

Tras un breve paso como profesor de la Escuela de Comercio de La Habana (1950-1952), se convierte en director del Patrimonio Nacional del Tribunal de Cuentas. En 1952 se publica en diez tomos la *Historia de la Nación Cubana* dirigida por Ramiro Guerra, José M. Pérez Cabrera, Juan J. Ramos y Emeterio Santovenia, el mayor esfuerzo historiográfico realizado hasta entonces en el país, en el que le cabe una importante contribución como redactor de la práctica totalidad de los capítulos

económicos. En 1971 esos textos serán reunidos en un volumen con el título de *Historia Económica de Cuba* [Instituto Cubano del Libro], sin duda la más destacada obra cubana en su género, traducida a varios idiomas. En ese trabajo ofrece una síntesis comprensiva de las estructuras económicas y las dinámicas sociales de la Isla. El texto se beneficia de la investigación que el autor venía realizando en la última década, como podemos rastrear en algunos artículos de la época. Las características de la obra, sin embargo, dejan el aparato crítico en un conjunto de relaciones bibliográficas y documentales, no muy extensas, al final de cada capítulo, lo que ha transmitido la errónea impresión de que estábamos ante un texto de alta divulgación, cuando la información que proporciona y sus interpretaciones en su mayor parte eran inéditas y en buena medida han alimentado —como referencia y por las hipótesis que dejaba planteadas— la investigación de la historia económica y social posterior.

Con la revolución de 1959 regresa a la Universidad, en donde mantiene actividad docente hasta 1964, pero al mismo tiempo el Banco Nacional, que preside Ernesto *Che* Guevara, le reclama como consejero y dirige el departamento de crédito del Instituto Nacional de Reforma Agraria (1961-1962). Emprende con ello una dedicación a tareas políticas y administrativas que le ocuparán casi hasta el final de sus días.

En 1960 se edita *La Habana. Biografía de una provincia* [Academia de la Historia, La Habana], un acabado ejemplo de historia regional en el que integra el estudio de las condiciones materiales —tan abrumadoramente presentes en la Isla y en su interés profesional— con la evolución política y cultural. En 1962 se le encomienda la dirección del Instituto de Historia-Archivo Nacional, adscrita a la Academia de Ciencias, de la que se le nombra vicepresidente (1965-1970). En esos años prepara una nueva síntesis de su obra mayor con el título *Historia económica de Cuba* [Escuela de Comercio Exterior, La Habana, 1963], que será su primer libro difundido en España [Ariel, Barcelona, 1972], y *La República. Dependencia y Revolución* [Editorial Universitaria, La Habana, 1966], un ensayo donde pri-

man los fines político-pedagógicos. Participa asimismo en la comisión ministerial que revisa los planes de estudio y los libros de texto relativos a la historia de Cuba.

En 1972 fue designado viceministro de Educación General y Especial. En 1977 se traslada a París como embajador cubano en la UNESCO, tomando posesión asimismo de la dirección de la Biblioteca Nacional José Martí. Con posterioridad será presidente de la Unión Nacional de Historiadores de Cuba. En los años ochenta frecuenta las publicaciones y las conferencias en el extranjero. Da a la imprenta su investigación acerca de la estructura agraria de los primeros siglos de la colonia, publicada en nueve entregas entre 1984 y 1986 en la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, que dirige con acierto durante más de una década [en España fue publicada en *Estudios de Historia Social*, 44-47, 1988], y que finalmente será reunida en el libro *Problemas de la formación agraria de Cuba. Siglos XVI y XVII* [Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1992]. Escribe además varias reflexiones acerca de la esclavitud y la sociedad esclavista cuando en 1986 se cumple el centenario de la abolición del trabajo forzado en Cuba.

En 1992 aparece *La Habana, espacio y vida* [Mapfre, Madrid], un ejemplo de historia urbana que en muchos aspectos le reintegra a sus reflexiones de treinta años antes. Publica también varias reflexiones sobre historia local y acentúa su interés por José Martí —desde 1976 pertenece al consejo de dirección del Centro de Estudios Martianos— sobre el que escribe diversos estudios. En 1994 se edita en México *Debate en Soliloquio y otros Ensayos sobre Cuba* [Instituto Mora], recopilación de seis textos aparecidos entre 1944 y 1990 hoy de difícil acceso.

Le Riverend se hallaba en posesión de diversas distinciones nacionales e internacionales y era Doctor Honoris Causa por la Academia de Ciencias de la URSS.

Había cedido su biblioteca, ficheros y papeles inéditos a la Casa de Altos Estudios Fernando Ortiz.

En diciembre de 1997 el Dr. Le Riverend aceptó la invitación que le hicimos para que se

incorporase al Consejo Asesor de *Tiempos de América*.

## DOS. CONVERSACIÓN EN LA HABANA

En diciembre de 1995 mantuvimos una larga conversación con Julio Le Riverend en su domicilio de La Habana. Nos habíamos conocido dos semanas antes en una actividad que tenía lugar en la Fundación de Núñez Jiménez a la que acudía una nutrida representación de la intelectualidad cubana. Después de manifestarle mi interés por intercambiar impresiones acerca de la historia de Cuba y sobre su trabajo me invitó a que le visitara en su casa de Nuevo Vedado.

Durante una tarde permitió que me asomara a la experiencia de un historiador mientras desgranaba lúcidas opiniones en pugna contra los efectos de la edad y de la adversidad personal. En la primera hora de conversación apenas permitiría que le interrumpiera, “para no perder concentración” en lo que decía, pero a sus ochenta y tres años —los cumplía días después— conservaba una gran capacidad de precisar los temas y los nombres sobre los que le solicitaba un comentario. Después el diálogo se hizo más fluido y el temido riesgo de la dispersión no llegó a materializarse.

En el momento de la desaparición de Le Riverend creemos que puede ser de interés recordar este encuentro cuya reconstrucción se basa en las notas tomadas entonces. En aquella ocasión quedamos emplazados para una entrevista más formal que no llegó a producirse aunque con posterioridad volveríamos a vernos en dos ocasiones. Las palabras de Le Riverend nos sitúan ante las preocupaciones que han guiado la obra de uno de los mayores historiadores del siglo que concluye y hacen quizá más comprensibles las condiciones en las que se ha escrito la reciente historia de Cuba.

La conversación se inicia interesándome por los temas a los que dedica su atención en aquellas fechas.

Andaba ocupado entonces en un estudio sobre José Martí, un Martí que en su opinión

participaba de una suerte de dialéctica natural, instintiva, desarrollada sin haber leído a Marx. En 1995, año del centenario de la muerte del prócer nacional, parecía que no habría bastantes adjetivos con los que calificarle. Sin embargo Le Riverend ofrecía un Martí menos demiúrgico del imperante en demasiados medios y bastante más influido por lecturas radicales y socialistas del contexto cultural en el que se inscribía. Citó a Henry George, cuyo *Progreso y Miseria* aquél tenía en la traducción realizada en Barcelona, a Jacob Riis [*How the Other Half Lives*] —a quien para sí Le Riverend tenía por marxista—, la literatura humanista de Walt Whitman, la influencia del pragmatismo de Emerson, si bien teñido de fuerte eticidad, muy posiblemente como herencia del pensamiento krausista en el que se forma en sus años de estudio en España. Me hablaba del Martí que se siente sobrecogido por la impotencia del puente en construcción de Brooklyn y de la estatua de la Libertad, expresión del progreso, para finalmente advertir que la mayor empresa que pueda realizar el hombre es el ejercicio de su propia reflexión. Un Martí, añadía, que reconoce el riesgo futuro de los oligopolios sobre Cuba pero no percibe que estaban introduciéndose en esos mismos años, que reconoce las clases aunque ignora la lucha de clases. Era absurdo, decía, hacer de Martí un marxista, y más aún convertirlo en pre-leninista. Pero era legítimo reconocer su pertenencia a una tradición *criticista* y dialéctica.

El segundo tema en el que venía trabajando era un ensayo sobre el pasado común de América Latina y el Caribe. Respondía a un encargo que le había realizado Pablo González Casanova, antiguo compañero de El Colegio de México. Según me dijo, venía reuniendo un cúmulo de bibliografía que de ser citada se daría que la hubiera consultado, de tan extensa como ya era. Buscaba elementos comparativos y comenzaba a hallarlos en la encomienda en cuanto forma de recompensa de la conquista. A propósito, entendía que la historia de la conquista debía desprenderse de una vez de la leyenda negra que contribuía a restar nobleza al imperio pero también oscurecía el conoci-

miento de los primeros años. Había llevado a México la primera parte de su trabajo en un reciente viaje efectuado “para cambiar un poco de vida” [en 1993 realizó una corta estancia invitado por la Universidad Nacional Autónoma de México], pero González Casanova le reclamaba más un ensayo que una historia erudita, más su reflexión sobre las líneas ya exploradas que una nueva investigación, sin duda consciente de los problemas de acometer ésta.

Sin embargo tenía dificultades para seguir con ambos proyectos. El último lo había emprendido cuando el fallecimiento de su esposa en un desgraciado accidente le hundió en una gran depresión que todavía no había dejado totalmente atrás, con sus “sombras y pensamientos nublados”. Pese a ello “empujaba” uno y otro libro y aún encontraba energías para proyectar otro estudio, del que avanzó algunas ideas en la revista *Rábida* que dirige en Huelva Pablo Tornero. Sería un libro nada menos que sobre el criollo, al que se había atribuido un sinnúmero de caracteres que, en su opinión, no dejaban de ser tópicos que no explicaban su diferencia y protagonismo. Se extendió entonces en un amplio comentario cuyo significado me resultó confuso y que procuré resumir: quizá los criollos, siendo distintos en la medida en que tenían intereses propios, generalmente no se autorreconocían como tales, ni por lo tanto transformaban la diferencia en oposición a la metrópoli sino en la medida en que la diferencia se hizo presente en una forma de vida que les alejaba progresivamente de España. “Eso es”, confirmó Le Riverend: existía una psicología propia y un modo de pensar que finalmente sólo podía conducir a la independencia. La cuestión no dilucidada en nuestra conversación era cómo se producía esa evolución.

Me interesaba conversar acerca de lo que habían sido sus dos líneas de trabajo más fructíferas: la formación de la estructura agraria y la historia económica de Cuba. Le Riverend había publicado primero en la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí* y después como libro, en 1992, la obra *Problemas de la formación agraria de Cuba. Siglos XVI y XVII*.

Le pregunto por el proceso de elaboración de esta investigación sobre la que pueden encontrarse indicios en los capítulos que sobre la historia económica escribió para la *Historia de la Nación Cubana* en 1952. En efecto, el trabajo, dice, se gestó en un largo proceso. Inicialmente el proyecto debía comprender tres libros, el editado sobre los siglos XVI y XVII, un segundo sobre los siglos XVIII y XIX y un tercero que comprendiese desde finales del XIX hasta la reforma agraria de la revolución. Pero al convertirse en representante permanente en la UNESCO ya no podría seguir investigando el tema ni profundizar en él. Esto último le contrariaba particularmente pues creía de gran importancia el estudio de los orígenes de la sociedad colonial, que tan escaso interés había despertado en los historiadores posteriores a los de su generación. Le recordé entonces que en la revista de mi universidad, *Millars*, habíamos publicado una reseña sobre su libro escrita por Arturo Sorhegui, que sin duda había seguido esa línea temática. Sí, Sorhegui era el único en mantener el interés por el citado período, añadió, para dedicar a continuación algunos elogios a su trabajo.

Le expresé mi opinión sobre su *Historia económica de Cuba*, una síntesis donde es posible ver la evolución de la sociedad cubana, en donde se establece la estructura económica pero también la repercusión social y se combina con el análisis coyuntural. Le destaco que me parece una obra sin continuidad pese a remontarse su primera edición a 1952. Con frecuencia la *Historia reciente en Cuba*, reconociéndose marxista, rehuye la interacción entre coyunturas, acontecimientos y producción material para refugiarse en la historia política y de las ideas políticas. Admite que es así pero lo justifica como reacción al materialismo determinista que durante mucho tiempo establecía dos clases sociales, sin matices, y mantenía un juego mecanicista. Nadie quiere volver a eso, añade. Y descaca en el terreno de los estudios económicos y sociales la labor de Gloria García, a la que reconoce expresamente por discípula.

Afirma, en cambio, que cuando tuvo que dejar la docencia de *Historia Económica* en la

Universidad [1964] no consiguió que nadie se ocupara de impartir la materia. ¿Desapareció?, le pregunto. Desapareció en aquel tiempo, así es, afirma: la revolución pidió que todos los economistas pasaran al sistema productivo porque se necesitaban para cubrir las plazas necesarias. La revolución le reclamaría en diferentes ocasiones y el trabajo administrativo le quitó la oportunidad de seguir con sus investigaciones. El 15 de febrero de 1959 le nombran consejero del Banco Nacional de Cuba. “Yo no sé de finanzas”, adujo, “y nunca he tenido dinero”, cuenta que dijo. Sin embargo era conocido como historiador económico [y había sido funcionario del Tribunal de Cuentas, debemos añadir]. “Pero hubo que llamar a los profesionales para formar cuadros. Y los cuadros, o respondían a este esfuerzo o no se terminaban de formar y entonces los errores económicos lastraban a todos”.

Pasó a la Academia de Ciencias, al Archivo Nacional, al Ministerio de Educación y a la Biblioteca José Martí. Sucedió después a Juan Marinello en la embajada ante la UNESCO. Recuerda que Marinello indicó la conveniencia de su nombramiento y le recomendó el trato con Antonio de Haro, que después sería embajador de España en Cuba, y que le fue definido como un hombre conservador pero muy interesado en literatura, “con el que podía hablarse”.

Volvemos a la historia económica y recuerda un comentario que le hizo Pierre Vilar, cuya amistad destaca: la nueva historia económica era sólo econometría retrospectiva. Él siempre se había alejado de esa práctica. Por una parte, decía, porque los números ni se le habían dado bien ni habían sido de su agrado. Vuelve a traer a Vilar: lo decisivo no son las tablas estadísticas, ahí están para quien quiera consultarlas; lo importante es el juego, el movimiento que se deduce de las estadísticas. Esa era también su concepción de la historia económica. En ese sentido, lamentaba que alguna de las aportaciones más recientes de un buen y joven historiador cubano –cuyo nombre no es necesario reproducir– fueran muy correctas en la exposición económica para derivar en un final político “muy duro y dirigido” que creía

innecesario. El mejor antídoto para esos planteamientos era la flexibilidad.

A partir de su comentario sobre el modo de entender la historia económica y social le menciono la conversación que meses atrás habíamos sostenido con Eric Hobsbawm, un material que publicaría *Historia Social*. Existía un elevado grado de coincidencia entre lo que acababa de decir y lo que aquél nos había expuesto. ¿Qué era de Hobsbawm?, preguntó. Le comenté que seguía particularmente empeñado en hacer comprensible el presente desde la historia. Le Riverend repuso que los historiadores se interesaban por el pasado pero no lo hacían por el momento en que vivían, y él creía que también debían hacerlo por el porvenir.

Los últimos nombres que han salido en nuestra conversación: Vilar, Hobsbawm, el propio Le Riverend: una generación en despedida, un modo de entender la Historia y la función de la Historia en retroceso. ¿Es así?, le pregunto. Y entonces reclama la totalidad como materia de la Historia, como hubieran hecho los autores antes mencionados. Pero Le Riverend remonta esta pretensión a Michelet, del que había rescatado hacía poco una nota de lectura en la que venía a afirmar que la historia se ocupaba de la sociedad, del todo, o algo así, creía recordar.

Hablamos a continuación de su temprana adscripción política y de su etapa de formación académica, también de su compromiso con la revolución. Había ingresado en el Partido Comunista en 1931 con diecinueve años y conservaba su compromiso con la revolución cubana.

Había publicado alguna cosa de historia cuando Alfonso Reyes creó una beca en El Colegio de México para Cuba. El Colegio se financiaba con fondos de fundaciones, con frecuencia norteamericanas, y era consciente de que tenía como objetivo formar elites, aunque no siempre saldrían en la dirección buscada, añadió. Reyes invitó a Fernando Ortiz a que presentara una propuesta y Ortiz pensó en el joven Le Riverend. Emilio Roig de Leuchsenring y otro historiador cuyo nombre no retuve –pero que calificó de muy conservador–

avalaron la propuesta. Así se incorporó a la segunda promoción de El Colegio, del que guardaba un intenso recuerdo y al que reconocía una gran importancia en su formación como historiador: el carácter interdisciplinar del centro, la relevancia de los profesores españoles desterrados, el clima imperante, la difusión del pensamiento europeo, en particular del alemán e italiano de entreguerras. Recordaba las lecciones Bosch Gimpera en el Instituto Nacional de Antropología, la importancia de las clases de Eugenio Ímaz, traductor para Fondo de Cultura Económica de Dilthey, el conocimiento de la obra de Ranke y, sobre todo, el acceso a la obra de Croce, que para él sería muy importante por la influencia que reconocía a la economía.

El marxista se abría a la historia. En adelante, según me dijo, rehuiría el uso de vocablos que alejaban la historia del lector. Era preferible que el lector extrajera sus propias conclusiones y dedujera, por ejemplo, el carácter explotador de la burguesía que indicárselo a modo de premisa. Un lenguaje que no asustara era mucho más adecuado y comprensible. A pesar de esa reflexión, reconocía haber sido muy sectario, pero se enorgullecía de haberlo sido en el tiempo en que lo fue. Y sectaria había sido la revolución como lo son todas las revoluciones, dijo. Aún después de emitir ese juicio severo, creía que debía mirarse en una dirección que acercara la historia a los lectores, alejada de esquemas y simplificaciones.

Cuando sostenía esta conversación, en 1995, me interesaban cada vez más los temas relacionados con el pasado cubano y no únicamente la incidencia de ese pasado en la Historia contemporánea de España, motivo inicial de mis viajes a Cuba. En ese sentido andaba detrás de precisar algunas ideas sobre cuestiones monetarias en la etapa final de la presencia colonial española, un proyecto sobre el que venía reuniendo materiales y sobre el que había elaborado algunas hipótesis. La *Historia Económica de Cuba* resultaba muy sugerente pero la obra no establecía una continuidad sobre el tema y dejaba algunas áreas en penumbra, sin poder esperarse tampoco que un libro general pudiera profundizar en un aspec-

to tan concreto. En realidad, ese trabajo –se justificó Le Riverend– le quedaba lejano y no conseguía recomponer mentalmente los pasajes a los que me refería. Sin embargo escuchó con atención mis planteamientos y el modo en que pensaba relacionar la inestabilidad monetaria de la Isla con la actitud de los grupos sociales, ofreció su punto de vista y me animó a que volviera a conversar cuando mi estudio estuviera concluido.

A mi invitación a que preparara un artículo para la revista *Historia Social* me respondió que lo haría a condición de que conserváramos la libertad de devolverle el original si no se ajustaba a lo que de él esperábamos. Según añadió, aprendía de las sugerencias y de las críticas, y estaba dispuesto a seguir haciéndolo. Escribir sobre historia social le obligaría, dijo, a volver sobre sus papeles para abordar cuestiones de clase y de estructura social, algo difícil ya, pero tenía otro proyecto sobre Fernando Ortiz y la antropología histórica que quizá pudiera ser de interés.

Todavía, al final de la tarde, me hablaría de un viaje a Valencia realizado en 1990 o 1991, no podía precisar, a instancias de la Universidad de esa ciudad. Había sido localizado en México y le pidieron que participara en unas sesiones sobre Nicaragua y Cuba en cuanto revoluciones truncadas. Ante su protesta –la revolución cubana estaba en marcha y cuando menos era prematuro calificarla, dijo– los organizadores aceptaron cambiar el título. El viaje le había sido muy grato. Pudo reencontrarse además con la que fuera su secretaria en París, una antigua resistente condecorada en Francia, también comunista, añadió.

Transcurre la tarde entre palabras. Mientras habla refuerza con un gesto el final de la idea que ha expuesto peinando con la mano hacia atrás el cabello, y fuma. Su hijo nos acompaña de manera interrumpida. El pulso le tiembla al escribir unas letras en el libro que me obsequia. Fruto de su situación, se excusa. Fuera suena el claxon del auto que viene a buscarme. Se levanta y me despide en el exterior de la casa. Dos días después volveríamos a vernos en la recepción que la Embajada de España ofreció con motivo de la clausura de un

congreso sobre el 98. Entre los invitados se hallaba Julio Le Riverend y mostró interés en retomar la conversación donde la habíamos dejado.

Dos años después del primer encuentro, en diciembre de 1997 volví a verme con el profesor Le Riverend en su domicilio atendiendo una invitación que me hizo llegar por medio de la profesora Berta Riaza. La entrevista fue breve. Era patente su declive físico en comparación a como lo había hallado en mi anterior encuentro. Se desplazaba en silla de ruedas y su habla se había hecho más débil y a la vez más solemne. Un largo apagón dejó en penumbra la sala. Entre otros asuntos hablados, me informo del legado que había realizado de su biblioteca y de sus papeles, que incluía varios textos inéditos, a la Casa de Altos Estudios Fernando Ortiz, un fondo que de este modo quedaría a disposición de los investigadores. Al poner en marcha meses antes la revista *Tiempos de América* le habíamos escrito ofreciéndole integrar su consejo asesor. Ratificó entonces su disposición a colaborar con nosotros y todavía habló de nuevos proyectos. Con un ímpetu al que traicionaba la enfermedad, proyectaba un viaje a España que nunca tendría lugar.

*José A. Piqueras Arenas*

## **REVOLUCIONES Y REVOLUCIONARIOS EN EL MUNDO HISPÁNICO**

Los días 13, 14, 15 y 16 de julio de 1998 se desarrolló en la Universitat Jaume I un curso de historia de contenido americanista, cuyo objeto de investigación y posterior debate iba a centrarse en el tema de las situaciones revolucionarias americanas más significativas y su relación con las españolas. Con el título de *Revoluciones y revolucionarios en el mundo hispánico* el curso tuvo como objetivo indagar en las causas y consecuencias de las distintas revoluciones liberales y democráticas que sucedieron

en la Península y en América Latina desde el siglo XIX hasta la actualidad. Presupuestos revolucionarios que traspasarán los límites liberales para situarse en los democráticos, con propuestas anarquistas y socialistas. El director del curso fue el profesor Manuel Chust.

El curso se inició con la intervención del profesor Francesc Andreu Martínez Gallego, que bajo el título "Entre el Himno de Riego y la Marcha Real: la nación en el proceso revolucionario" desarrolló una intervención analítica en torno a la construcción del estado nacional español, señalando las opciones liberal y moderada. Manuel Chust concretó más el tema, disertando sobre la importancia del proceso revolucionario burgués tanto en la península como en América; su ponencia fue "La pluma y la palabra en la revolución hispana".

La segunda sesión se inició con la ponencia del profesor Alan Knight. El título de su conferencia, "La revolución mexicana, ¿una revolución burguesa del siglo XX?". Tras analizar el concepto de revolución y las diferencias entre la revolución burguesa y la socialista, se centró en la revolución mexicana de 1910, en la de Bolivia de 1952 y en la cubana de 1959, realizando un estudio comparativo de las tres. El profesor Antonio Laguna basó su ponencia en la prensa y su relación con la revolución burguesa. Es, precisamente, en este momento cuando el periódico nace y se hace como medio de comunicación cotidiano, es decir, con el nacimiento de la opinión pública. Sin abandonar el eje discursivo centrado en el fenómeno revolucionario burgués, en sesión vespertina y con la significada fecha del 14 de julio, se debatió en una mesa redonda el tema monográfico "La revolución burguesa, un debate historiográfico actual". Moderados por Manuel Chust, los profesores Alan Knight, Brian Hamnett, José A. Piqueras y Francesc A. Martínez Gallego expusieron sus tesis sobre esta cuestión.

En el tercer día de curso, José A. Piqueras retomó la problemática americana, esta vez desde la especificidad cubana de los años previos a la independencia definitiva de España, "Las revoluciones en la revolución cubana de 1895". Ya superada cronológicamente la revo-

lución burguesa, Javier Paniagua analizó las diferencias ideológicas de anarquistas, socialistas y republicanos siempre girando en torno al concepto de revolución, "Anarquistas, socialistas y republicanos, ¿qué revolución?". La tercera propuesta de este día volvía a la realidad americana con la conferencia de Miquel Izard, con su ponencia "Falseando las palabras. Llaneros, esclavos y liberales".

Brian Hamnett analizó "La reforma liberal en México: impacto y consecuencias, 1855-1876", para ello, y tras señalar la peculiaridad de la realidad mexicana en el conjunto de Latinoamérica, expuso su visión del período señalando las relaciones entre la Iglesia y el Estado. Más genérica fue la intervención de Mauricio Tenorio, con su conferencia, "El siglo XIX, ¿un siglo de revoluciones?". El curso lo clausuró la conferencia de Pedro Pérez Herro cuyo título era "Chiapas desde una perspectiva histórica". Pérez Herrero, fue respondiendo sugestivas preguntas sobre la novedad del movimiento, la problemática india y el anti-neoliberalismo, completando de esta forma una explicación exhaustiva e histórica de la situación chiapaneca desde enero de 1994 y, en general, del México actual.

Los cuatro días de debates y exposiciones se completaron con intervenciones de los más de sesenta estudiantes y profesores que asistieron en calidad de participantes.

*Salvador Broseta*

## **CÁTEDRA CUBANA DE HISTORIA DE LA AGRICULTURA ÁLVARO REINOSO Museo de Historia de las Ciencias Carlos J. Finlay. Academia de Ciencias de Cuba**

La Cátedra Cubana de Historia de la Agricultura, Álvaro Reynoso (1829-1888) surge con el propósito de crear un espacio para el es-

tudio, discusión y difusión de conocimientos de temáticas que faciliten la interrelación de determinadas áreas del quehacer histórico acerca de la agricultura, que generalmente se presentan distanciadas entre sí dentro de las Ciencias Sociales o entre estas y las Ciencias Naturales y las Ingenierías. Al pretender un vínculo más estrecho entre especialistas de distintas procedencias profesionales, tanto cubanos como extranjeros, la Cátedra pretende ofrecer en el futuro un conocimiento sobre la Historia de la Agricultura mucho más uniforme e integral teniendo en cuenta las siguientes áreas de conocimiento:

1. Historia de la ciencia agrícola (disciplinas científico-agrícolas, institucionalización de la ciencia agrícola, política, científica en el sector agrícola, organización de la actividad científica y personalidades relacionadas con la agricultura)
2. Historia de la Tecnología agrícola (cultura agrícola empírica, tecnologías de cultivos, tecnologías procesadoras de materias primas, empleo de abonos, fertilizantes y plaguicidas, mecanización agrícola)
3. Historia agraria (pensamiento, política y estructura agraria)
4. Historia agroecológica (impacto de la actividad productiva y científica del hombre)
5. Historia etnocultural agrícola (aportes agroalimentarios de asentamientos de grupos humanos)
6. Historia del derecho agrario (evolución de las regulaciones agrarias)

La Cátedra, dirigida a promover el conocimiento sobre la historia de la agricultura cubana en los periodos precapitalista, capitalista y socialista, no deja de tener en cuenta la necesidad de alcanzar un conocimiento general sobre el devenir de la agricultura en otras naciones, sobre todo en los casos que han tenido alguna relación política y económica directa con nuestro país y/o como paradigmas de desarrollo. También despiertan un interés de tipo comparativo los países de América Latina y del Caribe por su proximidad geográfica y cultural y por el legado común de dependencia económica.

La Cátedra, acogida en el seno del Museo de Historia de las Ciencias "Carlos J. Finlay", de la Academia de Ciencias de Cuba, se honra de la memoria histórica que ostenta esta institución por haber sido sede de la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana. Por la afinidad que guarda con los objetivos y las tareas de la Sociedad Cubana de Historia de la Ciencia y la Tecnología, la Cátedra cuenta con el apoyo que esta pueda proporcionarle y de facilidades para ocupar un espacio importante en las informaciones de su Boletín y en la preparación de eventos.

Preside esta Cátedra la Dra. María E. Rodríguez Fuentes, es su Coordinador el Lic. Rolando E. Misas Jiménez y su Secretaria Ejecutiva la Lic. Leida Fernández Prieto.

*Para más información puede dirigirse a:*

Museo Histórico de las Ciencias "Carlos J. Finlay". Academia de Ciencias de Cuba  
Calle Cuba, 460 (entre Amargura y Teniente Rey). La Habana Vieja. Apartado 70  
Ciudad de La Habana, CP, 10100, Cuba.  
e-mail: museofin@infomed.sld.cu